

de la Reforma, Lutero y Melanchthon, determinaron expulsar la filosofía de la Iglesia. Lutero declaró que el estudio de Aristóteles es completamente inútil, y sus vilipendios contra el filósofo griego no tienen límite: ciertamente que es, dice, un demonio, un terrible calumniador, un malvado sicofanta, un príncipe de las tinieblas, un verdadero Apollyon, una bestia, el mayor embustero de la humanidad, en quien difícilmente se halla la menor filosofía, un charlatán público y de profesión, un macho cabrío, un completo epicúreo, ese dos veces execrable Aristóteles. Los alumnos del filósofo eran, según Lutero, «sabandijas, orugas, sapos y piojos», y los aborrecía profundamente. Estas opiniones, aunque no expresadas tan enfáticamente, eran también las de Calvino. En todo cuanto se refiere á la ciencia, nada se debe á la Reforma: siempre estaba ante ella el lecho de Procusto del Pentateúco.

El día de más triste presagio que se registra en los anales de la cristiandad es aquel en que ésta se separó de la ciencia. Por ello se vió Orígenes, uno de los jefes y columnas de la Iglesia, obligado en aquel tiempo (231) á abandonar su cometido en Alejandría, y á retirarse á Cesarea. En vano, durante muchos siglos, hicieron los hombres instruídos de la Iglesia esfuerzos para, como se decía entonces, «extraer el jugo interior y médula de las Escrituras, que lo explicaría todo». La historia universal desde el siglo III al XVI nos enseña cuál fué su resultado, y la lobreguez de aquellos tiempos se debe á esta política. Aquí y acullá, es cierto, hubo grandes hombres, como Federico II y Alfonso X, que elevándose á un punto de vista superior y general, comprendieron el valor de la instrucción para el progreso, y en medio del terror de que los rodearon los eclesiásticos, reconocieron que sólo la ciencia puede mejorar la condición social del hombre.

La aplicación de la pena capital por diferencia de opiniones duraba todavía. Cuando Calvino hizo quemar á Servet en Ginebra, comprendió todo el mundo que el espíritu de persecución no había concluído; la culpa de aquel filósofo era su creencia de que la doctrina genuína de la cristiandad se había perdido aun antes del Conci-

lio de Nicea, y de que el Espíritu Santo animaba todo el sistema de la naturaleza, como alma del mundo, y que será absorbido con Cristo al fin de todas las cosas en la sustancia de la divinidad de que ha emanado. Por esto fué quemado á fuego lento. ¿Hubo alguna diferencia entre este auto de fe protestante y el católico de Vanini, quemado asimismo en Tolosa por la Inquisición, en 1629, por sus *Diálogos sobre la naturaleza*?

La invención de la imprenta y la propagación de los libros introdujeron una clase de peligros que no podía reprimir la Inquisición. En 1559, el Papa Paulo IV instituyó la *Congregación del Índice expurgatorio*. Su obligación era examinar los libros y manuscritos que se destinaban á la publicación, y decidir si debía permitirse al pueblo su lectura; corregir los libros cuyos errores no fuesen muy numerosos y que pudieran contener ciertas verdades útiles y saludables, para ponerlos así en armonía con las doctrinas de la Iglesia; condenar aquellos cuyos principios fueran heréticos y perniciosos, y conceder privilegios especiales á ciertas personas para leer libros prohibidos. Esta congregación, que á veces se reúne en presencia del Papa, aunque por lo general en el palacio de su cardenal presidente, tiene una jurisdicción mayor que la de la Inquisición, pues, no sólo adquiere conocimiento de los libros que contienen doctrinas contrarias á la fe católica romana, sino también de los que se refieren á los deberes morales, disciplina de la Iglesia é intereses de la sociedad. Su nombre proviene de las listas alfabéticas ó índices de los libros y autores heréticos, escritas por su mandato.

El Índice expurgatorio de libros prohibidos sólo señaló al principio aquellas obras que era lícito leer; pero viendo que esto era insuficiente, estableció que toda obra no autorizada era desde luego ilícita; medida audaz para impedir que llegase al pueblo ningún conocimiento, excepto los adecuados á los fines de la Iglesia.

Las dos comuniones rivales de la Iglesia cristiana, la protestante y la católica, estuvieron, pues, de acuerdo en un punto: en no tolerar la ciencia, excepto la que consideraban conforme con la Escritura. Hallándose los

católicos en posesión de un poder centralizado, pudieron hacer respetar sus decisiones donde quiera que se reconocía su imperio, y fortalecer las moniciones del Índice expurgatorio; los protestantes, cuya influencia se hallaba difundida entre muchos focos de distintas naciones, no pudieron obrar de un modo tan directo y resuelto. Su manera de proceder era excitar el «odio teológico» contra el culpable, colocarlo en entredicho social; quizás este medio no es menos eficaz que el otro.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, había existido un antagonismo entre la religión y la ciencia desde los primeros días del Cristianismo; podemos contemplar cómo se extiende en toda ocasión propicia, durante siglos y siglos; lo vemos así en la caída del Museo de Alejandría, en los casos de Erigena y de Wiclef, en el desprecio con que los herejes del siglo XIII rechazaron el relato de la Escritura sobre la creación; pero sólo en la época de Copérnico, Keplero y Galileo fué cuando los esfuerzos de la ciencia para libertarse de la esclavitud en que estaba sujeta se hicieron indomables. En todos los países había disminuído grandemente el poder político de la Iglesia; conocieron sus jefes que las nieblas sobre las cuales estaba edificada, se iban disolviendo; medidas represivas contra sus antagonistas, empleadas con éxito en tiempos antiguos, no podían aplicarse ya ventajosamente, y más le podía perjudicar que favorecerle quemar un filósofo aquí ó allá. En su gran conflicto con la astronomía, en el cual se destaca Galileo como la principal figura, sufrió una completa derrota; y como hemos visto, cuando fué impresa la obra inmortal de Newton, no pudo presentar resistencia, aunque Leibnitz afirmó á la faz de Europa que «Newton, había arrebatado á la divinidad algunos de sus mejores atributos y minado los cimientos de la religión natural».

Del tiempo de Newton hasta nosotros, la divergencia entre la ciencia y los dogmas de la Iglesia ha aumentado continuamente. La Iglesia declaró que la Tierra es el cuerpo central y más importante del Universo; que el Sol, la Luna y las estrellas son tributarios suyos; en estos puntos fué derrotada por la astronomía. Afirmó que

un diluvio universal había cubierto la Tierra y que los únicos animales que sobrevivieron fueron los que se salvaron en el arca; en esto fué rectificado su error por la geología. Enseñó que había habido un primer hombre, que seis ú ocho mil años hace fué creado de repente ó sacado de la nada en un estado físico y moral perfecto, del cual cayó; pero la antropología ha demostrado que existían seres humanos en remotísimos tiempos geológicos y en un estado salvaje, poco superior al del bruto.

Muchos hombres de bien y de buenas intenciones han tratado de reconciliar los testimonios del Génesis con los descubrimientos de la ciencia, pero en vano; la divergencia ha crecido tanto, que ha llegado á ser oposición completa. Uno de los antagonistas tiene que desaparecer.

¿No podemos, pues, permitirnos examinar la autenticidad de este libro, que desde el siglo segundo ha sido erigido como criterio de la verdad científica? Para sostenerse en una posición tan elevada, debe poder desafiar la crítica humana.

En los primeros tiempos del cristianismo, muchos de los más eminentes padres de la Iglesia tuvieron serias dudas respecto de la autoridad del Pentatéuco entero. No tengo espacio, en la limitada extensión de estas páginas, para presentar en detalle los hechos y argumentos que se presentaron entonces y luego. La literatura de este asunto es hoy día muy extensa. Puede el lector acudir, sin embargo, á la obra del piadoso é ilustrado deán Prideaux, *El Antiguo y el Nuevo Testamento, reunidos*, uno de los ornamentos literarios del último siglo. Hallará también tratado el asunto más recientemente por el obispo Colenso. Los párrafos siguientes bastarán á dar una idea suficientemente clara del estado presente de la controversia.

Se afirma que el Pentatéuco ha sido escrito por Moisés bajo la influencia de la inspiración divina; considerado así, como anales escritos de viva voz y dictados por el Todopoderoso, exigen acatamiento, no sólo de los científicos, sino del mundo entero.

Pero, ahora bien; en primer lugar, puede pregun-

tarse: ¿Quién ó qué ha dado crédito á esta grande pretensión?

No es el libro, por cierto; en ninguna parte lo indica, ni hace la impía declaración de que esté escrito por Dios Todopoderoso.

Hasta después del siglo segundo, no se impuso á la credulidad humana tan extravagante exigencia. Tuvo origen, no en la clase elevada de los filósofos cristianos, sino entre los fervorosos Padres de la Iglesia, cuyos escritos prueban que eran personas sin instrucción y sin espíritu de crítica.

Cada época, desde el siglo segundo hasta nuestros días, ha producido hombres de grande ingenio, tanto judíos como cristianos, que han rechazado estas pretensiones. Sus decisiones se han fundado en la prueba intrínseca de los mismos libros; éstos presentan claras demostraciones de dos autores distintos, á lo menos, que se han llamado respectivamente Elohisticos y Jehovísticos. Hupfeld asegura que la narración Jehovística conserva señales de haber sido unos segundos anales originales, completamente independientes de la Elohistica. Las dos fuentes de que se derivan las narraciones son en muchos puntos contradictorias; además es seguro que los libros del Pentatéuco jamás se atribuyen á Moisés en las inscripciones de los manuscritos hebreos, ni en los ejemplares impresos de la Biblia hebrea, ni se les llama «libros de Moisés» en la versión de los Setenta, ni en la Vulgata, y sí únicamente en las traducciones modernas.

Claro es que no pueden atribuirse solamente á la autoridad de Moisés, puesto que registran su muerte; claro es que no fueron escritos sino muchos cientos de años después de aquel suceso, toda vez que hacen referencia á hechos que no ocurrieron sino después del establecimiento del gobierno de los reyes entre los judíos.

Ningún hombre puede osar atribuirlos á inspiración del Dios Todopoderoso: sus inconsecuencias, contradicciones é imposibles, expuestos por muchos ilustrados y piadosos modernos, alemanes é ingleses, son muy grandes. Deciden estos críticos que el Génesis es una narración basada en leyendas; que el Exodo no es históricamente verdade-

ro; que todo el Pentatéuco no es histórico, ni mosaico. Contiene las mayores contradicciones é imposibles, suficientes para comprometer la credibilidad del todo; imperfecciones tan grandes y flagrantes, que destruirían la autenticidad de cualquier obra histórica moderna.

Hengstenberg, en sus *Disertaciones sobre la autenticidad del Pentatéuco*, dice: «es la suerte inevitable de toda obra histórica falsa, caer en la contradicción; esto es lo que pasa en gran escala con el Pentatéuco, por no ser genuíno. Si el Pentatéuco es falso, sus historias y leyes han sido elaboradas en porciones sucesivas y fueron escritas en el curso de muchos siglos por diferentes individuos. De este género de trabajos es inseparable una masa de contradicciones que la hábil mano del último editor nunca podría ser capaz de borrar por completo».

Puedo agregar á estas observaciones lo que dice expresamente Ezra (ESDRAS, II, 14), que él mismo, ayudado por otras cinco personas, escribió aquellos libros en el espacio de cuarenta días. Dice que en tiempo de la cautividad de Babilonia, los antiguos escritos sagrados de los judíos fueron quemados, y da detalles particulares de las circunstancias en que fueron compuestos. Declara que emprendió escribir cuanto se había hecho en el mundo desde su principio. Se dirá que los libros de Esdras son apócrifos, pero en cambio puede preguntarse: ¿Se han dado pruebas de ello, capaces de resistir á la crítica moderna? En los primeros tiempos de la cristiandad, cuando la historia de la caída del hombre no se consideraba esencial al sistema cristiano y la doctrina de la expiación no había alcanzado la precisión que le dió Anselmo más tarde, era muy generalmente admitido por los Padres de la Iglesia que Ezra probablemente compuso el Pentatéuco. Así dice San Jerónimo: *Sive Mosem dicere volueris auctorem Pentateuchi, sive Esdras ejusdem instauratorem operis, non recuso*. Clemente Alejandrino dice que cuando estos libros fueron destruídos en el cautiverio de Nabucodonosor, Esdras, habiendo sido inspirado proféticamente, los reprodujo. Ireneo dice lo mismo.

Los incidentes contenidos en el Génesis, del primero al décimo capítulos inclusivos (capítulos que por sus re-

laciones con la ciencia son de mayor importancia que otras partes del Pentatéuco), han sido evidentemente compilados de fragmentos de leyendas de distintas autoridades. Todos ellos presentan á la crítica, sin embargo, particularidades que demuestran fueron escritos en las márgenes del Eufrates, y no en el desierto de la Arabia; contienen muchos caldeísmos. Un egipcio no hablaría del Mediterráneo como si se hallase á su Oeste, y un asirio sí. Su exorno y maquinaria, si estas expresiones pueden usarse con propiedad, son completamente asirias, y no egipcias. Hubo tantos anales, que puede esperarse encontrar algunos en caracteres cuneiformes en las bibliotecas de barro de los reyes de Mesopotamia. Se asegura que una leyenda análoga á la del diluvio se ha exhumado ya, y que no está fuera de los límites de lo probable que el resto pueda obtenerse de un modo semejante.

De estas fuentes asirias tomó Ezra las leyendas de la creación de la tierra y el cielo, el jardín del Edén, el hacer al hombre de tierra y á la mujer de una de sus costillas, las tentaciones de la serpiente, el nombrar los animales, el querubín de la espada flameante, el diluvio y el arca, los vientos que secaron la tierra, la construcción de la torre de Babel y la confusión de lenguas. Empieza bruscamente la historia de los judíos en el capítulo once-no; en este punto cesa su historia universal y se ocupa de la historia de una sola familia, la de los descendientes de Sem.

El duque de Argyll, en su libro *El Hombre primitivo*; refiriéndose á esta restricción, dice muy gráficamente: «En la genealogía de la familia de Sem tenemos una lista de nombres, que son nombres y nada más para nosotros. Es una genealogía que no hace más ni pretende hacer más que trazar el orden de sucesión entre algunas familias únicamente, aparte de millones de otras que ya existían en el mundo; no se da más que este orden de sucesión, y ni aun hay certidumbre completa de que éste sea consecutivo. Nada se nos dice de todo lo que hay detrás del velo de densas tinieblas delante del cual se hacen pasar estos nombres; y, sin embargo, en las raras ocasiones que se levanta un poco, podemos dirigir una ojea-

da y vemos grandes movimientos que se producen desde muy antiguo; ninguna forma se ve distintamente, y aun la dirección de aquellos movimientos tan solo puede adivinarse, pero se oyen las voces de las grandes aguas». Estoy de acuerdo con la opinión de Hupfeld de que «el descubrimiento de que el Pentatéuco está sacado de varias fuentes ó documentos originales es, fuera de toda duda, no solo uno de los más importantes y fecundos para la interpretación de los libros históricos del Antiguo Testamento, ó más bien para toda la teología y la historia, sino que es también una de las averiguaciones más positivas que se han hecho en el dominio de la crítica y de la historia de la literatura. Diga lo que quiera en contra el partido anticrítico, este dato puede sostenerse sin retroceder por ninguna cosa, mientras tanto que dure lo que se llama crítica; y no será fácil para un lector, superior al nivel de cultura que tenemos hoy día, si lo examina sin prevención y con espíritu recto de apreciar la verdad, sustraerse á su influencia».

¿Qué, pues? ¿Renunciaremos á estos libros? Admitir que la narración de la caída del Edén es legendaria, ¿no arrastra consigo la doctrina más solemne y sagrada del cristianismo, la de la redención?

¡Reflexionemos sobre esto! La cristiandad en sus primeros días, cuando convertía y conquistaba el mundo, sabía poco ó nada acerca de esta doctrina. Hemos visto que Tertuliano en su *Apología* no la creyó digna de mención. Tuvo origen entre los herejes gnósticos y no era admitida por la escuela teológica de Alejandría; nunca fué presentada de un modo preminente por los Padres, ni alcanzó el imperio que hoy tiene hasta los tiempos de Anselmo. Filón el judío habla de la historia de la caída como simbólica; Orígenes la considera como una alegoría. Quizás pueden ser acusadas con razón algunas de las Iglesias protestantes de inconsecuencia, porque la consideran en parte mitológica y en parte real. Pero si admitimos con ellas que la serpiente es símbolo de Satanás, ¿no debe esto dar cierto aire de alegoría á toda la narración?

Es de sentir que la Iglesia cristiana haya tomado sobre sus hombros la defensa de estos libros y que se haya he-

cho solidaria de sus manifiestos errores y contradicciones. La vindicación de éstos, si tal cosa fuera posible, debiera haber sido confiada á los judíos, entre los cuales nacieron y por quienes han sido trasmitidos hasta nosotros. Más todavía: debe sentirse profundamente que el Pentatéuco, una producción tan imperfecta que no puede soportar el toque de la crítica moderna, se haya erigido en árbitro de la ciencia. Recuérdese que la exposición del verdadero carácter de estos libros ha sido presentada, no por capciosos enemigos, sino por ilustrados y piadosos hombres de la Iglesia, algunos de ellos de la más elevada dignidad.

Mientras las Iglesias protestantes han insistido en el reconocimiento de la Escritura como criterio de la verdad, ha declarado la católica en nuestros propios tiempos la infalibilidad del papa. Puede decirse que esta infalibilidad se refiere solo á las cosas morales ó religiosas; pero ¿dónde se trazará la línea de separación? La omnisciencia no puede limitarse á un estricto grupo de cuestiones; en su propia naturaleza implica el conocimiento de todo, é infalibilidad quiere decir omnisciencia.

Sin duda que si se admiten los principios del cristianismo italiano, su consecuencia lógica es la infalibilidad del papa; no hay necesidad de insistir en la naturaleza anti-filosófica de esta concepción; se destruye por un examen de la historia política del papado y por las biografías de los papas. La primera enseña todos los errores y equivocaciones á que está sujeta una institución completamente humana; las segundas son con demasiada frecuencia una historia de pecados é ignominias.

No era posible que la autoritaria promulgación del dogma de la infalibilidad del papa hallase universal acogida entre los católicos ilustrados; graves y profundas disensiones se han producido. Una doctrina tan repulsiva al sentido común no podía tener otro resultado. Hay muchos que afirman que si la infalibilidad existe en alguna parte, es en el Concilio ecuménico, y sin embargo, estos concilios no han estado siempre conformes entre sí. Hay muchos también que recuerdan que los concilios han depuesto papas y han hecho caso omiso de sus clamores y

contendias. No sin razón preguntan los protestantes: ¿qué prueba puede darse de que la infalibilidad existe completamente en la Iglesia? ¿Y qué prueba hay de que la Iglesia haya estado siempre real y justamente representada en un concilio? ¿Y por qué se averiguará la verdad por el voto de una mayoría mejor que por el de una minoría? ¡Con cuanta frecuencia ha sucedido que un hombre, colocándose en un punto de vista acertado, ha demostrado la verdad, y después de haber sido denunciado y perseguido por todos los demás, se han visto obligados éstos más tarde á adoptar sus declaraciones! ¿No es esta la historia de muchos grandes descubrimientos?

No toca á la ciencia arreglar estas opuestas pretensiones; no toca á ella determinar si el criterio de la verdad para el hombre religioso se hallará en la Biblia ó en el Concilio ecuménico, ó en el Papa. Pide sólo el derecho, que tan voluntariamente concede á los otros, de adoptar su propio criterio. Si considera desdeñosamente las leyendas no históricas; si contempla con suprema indiferencia el voto de las mayorías en la determinación de la verdad; si abandona al tiempo y á la lógica de los acontecimientos futuros el hacer justicia á las pretensiones humanas sobre la infalibilidad, la misma fría impassibilidad con que contempla estos asuntos, conserva para examinar sus propias doctrinas. Abandonaría sin vacilar las teorías de la gravitación ó de las ondulaciones si hallase que son inconciliables con los hechos. Para ella el volumen de la inspiración es el libro de la naturaleza, cuyas hojas siempre están abiertas ante los ojos de los hombres; confrontándolo todo, no necesita sociedades para su diseminación. En extensión infinita, eterna en duración, nunca han podido nada contra ella ni el fanatismo ni la ambición humana. En la tierra se manifiesta por todo lo que es hermoso y magnífico, y en el cielo son sus letras soles y mundos.